

ENTREVISTA A PAULA SIBILIA

SUBJETIVIDADES CONTEMPORÁNEAS Y FORMACIÓN **universitaria.** **Rupturas** y encuentros.

Morandi, Glenda*

Gallo, Lucrecia**

Especialización en Docencia Universitaria | Universidad Nacional de La Plata | Argentina.

Paula Sibilía es investigadora y ensayista, argentina residente en Río de Janeiro. Estudió Comunicación y Antropología en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Ya en Brasil se doctoró en Salud Colectiva (IMS-UERJ) y en Comunicación y Cultura (ECO-UFRJ) y, realizó además un magister en Comunicación (UFF). Como docente se desempeña en el postgrado en Comunicación y en el Departamento de Estudios Culturales y Medios de la Universidad Federal Fluminense y como investigadora becaria en las instituciones CNPq y FAPERJ. Especializada en temas culturales contemporáneos como son las relaciones entre los medios de comunicación, las tecnologías digitales, el cuerpo y las subjetividades, es reconocida por sus publicaciones: “El hombre postorgánico: cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales” (2005), “La intimidad como

espectáculo” (2008) y “¿Redes o paredes? La escuela en tiempos de dispersión (2012). En este diálogo, desde Trayectorias Universitarias, queremos extender la conversación iniciada en el marco de las 2° Jornadas sobre las Prácticas Docentes en la Universidad Pública, donde la investigadora participó como panelista de la conferencia inaugural, con la intención de repensar como se configuran las subjetividades en el escenario actual y como estas transformaciones culturales interpelan a los procesos de enseñanza.

- Para comenzar queremos recuperar en esta charla lo que venís desarrollando en tus investigaciones y en tu último libro “¿Redes o Paredes? La escuela en tiempos de dispersión” donde caracterizás el escenario actual, las subjetividades juveniles

y como se juegan en estas configuraciones los dispositivos tecnológicos, las redes sociales, y los medios de comunicación.

Mi trabajo de investigación se viene desarrollando alrededor de una hipótesis que tal vez sea una premisa: la idea de que hay un cambio de época, de la era moderna (siglos XIX y XX) hacia lo contemporáneo, a falta de un nombre mejor, por el momento. Esta transformación que se fue engendrando más decisivamente después de los años 1960 y 70, con ese quiebre que fueron las rebeliones juveniles y la revolución sexual, entre otros episodios simbolizados por el mayo francés y los movimientos políticos de América Latina. Así, se habría dado lugar a una nueva época que tuvo sus inicios en las últimas décadas del siglo XX y se está consumando ahora, más evidentemente, con la proliferación de las tecnologías digitales de comunicación e información, que no por casualidad constituyen mi foco de estudios. Sin embargo, siempre enfatizo que este cambio no fue causado por las tecnologías digitales, cuyo uso vemos ya consumándose de modo cada vez más universal, sino que ellas mismas fueron consecuencia de estos cambios. También pensando que ese impulso viene de antes, porque los cambios históricos no suceden por casualidad: el mismo '68 es una eclosión de algo que se vino engendrando en las décadas anteriores y que dio lugar a ese acontecimiento como resultado de muchas críticas, insatisfacciones y frustraciones en relación al modo de vida tutelado por la moral burguesa, la disciplina y la ética protestante, que tuvo su hegemonía a lo largo del siglo XIX y buena parte del XX en las sociedades occidentales. Entonces se fueron configurando estas nuevas subjetividades que vemos hoy, sobre todo entre los más jóvenes, pero no solamente, porque es una subjetividad muy propia de este momento. Cada cultura o cada época nos demandan ser de determinadas maneras o comportarnos de ciertas formas y no de otras; y no sólo actuar sino también sentir, creer, vivir de determinados modos y no de otros. Yo considero que hay diferencias bastante evidentes entre los modos de vivir que eran supuestos, propuestos y estimulados por las tecnologías analógicas, y éstos que proliferan ahora. Me refiero a las típicas herramientas escolares, como el lápiz, el papel, el cuaderno, el libro



Paula Sibilia. Investigadora y ensayista argentina.

impreso, la biblioteca, entre otras. Veo diferencias bastante claras entre las subjetividades que ahora se están volviendo hegemónicas y aquellas que reinaron en los siglos XIX y XX. ¿Y cómo serían estas subjetividades que ahora se están produciendo y estimulando en contacto directo con las tecnologías digitales? Yo destaco por lo menos tres características: visibles, conectadas y dispersas. Visibles significa que somos cada vez más instados a construirnos en la visibilidad, a mostrar todo el tiempo lo que somos y hacemos; por lo tanto, a vivir de un modo performático. Esto es bastante distinto de lo que ocurría hace algunos años, y no sólo porque no existía internet ni teníamos teléfonos celulares o redes sociales para canalizar ese deseo de visibilidad. Los sujetos modernos se pensaban a sí mismos como dotados de una esencia interior que sólo debía exponerse ante uno mismo o ante las personas más cercanas. En ese universo, el espacio público era algo radicalmente distinto al espacio privado, por eso al salir de la intimidad del hogar era necesario ponerse una suerte de máscara

¿Y cómo serían estas subjetividades que ahora se están produciendo y estimulando en contacto directo con las tecnologías digitales? Yo destaco por lo menos tres características: visibles, conectadas y dispersas.

y cumplir con ciertos protocolos para protegerse de la mirada ajena, preservando así esa delicada y tan preciada “verdad interior” por medio de paredes y pudores.

Ahora, este estímulo a mostrarse tiene que ver con la creciente espectacularización de nuestra sociedad, algo detectado ya en el año 1967 por Guy Debord, entre otros autores. Esta incitación a mostrarse nos llevó en los últimos años a adoptar las más diversas estrategias para visibilizarnos. Y está claro que esto también tiene una relación directa con el mercado, con las tácticas del marketing para venderse a uno mismo, por ejemplo, de modo que hay un atravesamiento del mercado en los modos de vivir, una empresarialización y una mercantilización de uno mismo. Aprendimos códigos y técnicas, no solamente inspirados en el cine, la televisión y la publicidad -como en la época de Debord- sino también con todo lo que se desarrolló en ese ámbito audiovisual desde los años ‘60 hasta ahora.

Saber venderse se transformó en un requisito para poder vivir en la sociedad contemporánea: se nos pide que lo hagamos y aprendimos a hacerlo, en muy poco tiempo y de formas bastante sofisticadas; de modo que no es casual que hayamos adoptado con tanta rapidez estos dispositivos digitales que nos proporcionan vidrieras y canales para lograrlo.

Saber venderse se transformó en un requisito para poder vivir en la sociedad contemporánea: se nos pide que lo hagamos y aprendimos a hacerlo, en muy poco tiempo y de formas bastante sofisticadas; de modo que no es casual que hayamos adoptado con tanta rapidez estos dispositivos digitales que nos proporcionan vidrieras y canales para lograrlo.

En este momento, por ejemplo, somos tres personas en esta mesa, cada una tiene su aparato y probablemente pensemos que ya no podemos vivir sin ellos. Muchas cosas sólo se pueden hacer con ellos y no es casual que nos hayamos adaptado tan rápidamente a su propuesta: nos *compatibilizamos* con estos artefactos

porque nos permiten vivir en la visibilidad y tener una relación con los demás que está marcada por esa visibilidad. Esa es precisamente una de las definiciones que Debord enuncia para su idea de espectáculo: son relaciones sociales atravesadas por imágenes.

Entonces, eso ya sucedió: hemos aprendido en poquísimos años a vivir en una visibilidad constante, con todos los riesgos y desafíos que eso implica, porque esa exposición nos ha vuelto más vulnerables que cuando nos protegíamos con paredes y pudores, aunque ahora también tenemos a nuestro alcance muchísimas posibilidades que antes no teníamos. La segunda característica que señalé es la conexión, que también está directamente relacionada con el modo de funcionamiento de estos dispositivos porque todos ellos tienen acceso a redes, todo el tiempo, 24 horas por día, sin diferenciar entre días hábiles y fines de semana, noche o día, ni los distintos lugares, sin diferenciar espacios públicos y privados. Es una conexión constante y con mucha gente, porque la cantidad también es importante. Aquí vuelve la relación con el espectáculo, con la lógica del rating y del mercado, según la cual “cuanto más gente, mejor”. Hoy parece una verdad difícil de refutar cuando se considera que “vale más” quien tiene una mayor repercusión. Esas verdades se han naturalizado pero son del orden del mercado y del espectáculo. Todo esto no era así hace unos años, como tampoco habría sido admisible (o moralmente legítimo) que uno expusiera su intimidad o hiciera publicidad de sí mismo. Por eso, todos estos ingredientes de la subjetividad contemporánea nos llevan a pensar que probablemente se haya producido un cambio radical con respecto a la era moderna. El tercer elemento que destacué es la dispersión. En la cultura contemporánea hay un estímulo a que hagamos todo lo que queremos y se supone que todo deberíamos poder hacerlo. Desde ver todas las películas o series del mundo, oír toda la música y leer todos los libros o hacer todos los cursos, hasta probar con todos los novios, las novias o les novies que nos ofrece Tinder. Se trata de la lógica del mercado, que siempre nos promete lo ilimitado. O sea, para qué te vas a conformar con uno o una, dos o tres, cuando podrías elegirlo (y consumirlo) todo; por qué te vas a conformar con estar en un lugar o hacer algo cuando podrías estar en cualquier lugar del planeta y haciendo infinidad de otras cosas. El mundo de las redes, en oposición al mundo moderno de las paredes y los pudores, nos tienta con esa promesa de lo ilimitado. Pero es sólo una promesa porque consumirla es imposible: seguimos teniendo límites

bastante concretos, a pesar de que se amplió muchísimo la capacidad de hacer muchas cosas al mismo tiempo. Necesitamos dormir, por ejemplo. Nos cansamos, nos aburrimos, nos deprimimos, nos morimos. De modo que es una promesa incumplible pero funciona como tal, porque hay algo de verosímil en esa propuesta tan actual. Esa que todo el tiempo nos dice: si querés, realmente tendrías que hacerlo, no deberías perdértelo. Pero eso da lugar a una subjetividad no sólo frustrada sino también dispersa, evidentemente; porque si te concentrás mucho en algo, te estás perdiendo todo lo demás. Y aunque uno se esfuerce por concentrarse en algo, es difícil lograrlo porque siempre está latiendo la duda: ¿estaré eligiendo lo que realmente quiero o debería estar haciendo otra cosa que me estoy perdiendo?

Es un problema imprevisto que vino junto con esa apertura enorme de nuestros horizontes. Una de sus complicaciones es que todo está muy atravesado por el mercado y por la dinámica del consumo, no solamente en lo que se refiere a las cosas que efectivamente compramos y vendemos, sino que además impera una actitud consumista con respecto a la vida, a las experiencias vitales propias y ajenas, y a la manera de mostrarlas y “compartirlas” esperando obtener cierta repercusión. No se trata sólo de acumular a la manera moderna para elaborar esas experiencias privadas y guardarlas “dentro” de cada uno o en la intimidad, sino que ahora el objetivo suele residir precisamente en publicarlas.

En suma, estamos frente a un tipo de subjetividad que fue surgiendo en las últimas décadas y las tecnologías digitales son un emblema de esa transformación. No la provocaron, sino que fueron inventadas en ese proceso y para canalizar esas nuevas demandas. Los jóvenes son, lógicamente, quienes están más *compatibilizados* con esta propuesta de vida, entre otros motivos, porque ellos no tuvieron que hacer el esfuerzo de *descompatibilizarse* con los dispositivos analógicos que sustentaban al régimen anterior. Por eso, creo que hay una riqueza poco valorizada (y muy poco explorada) en nuestra generación: muchos de nosotros nos escolarizamos y vivimos buena parte de nuestras vidas sin internet ni celulares, algo que hoy nos resulta casi impensable. Las tecnologías que se usaban en aquella época (nuestra infancia

y adolescencia, incluso juventud y adultez) tendían a suponer, proponer y a reforzar otro tipo de subjetividad, muy distinta a esta que hoy se desarrolla. Era una subjetividad compatible con las herramientas analógicas de lectura y escritura, pero también con el dispositivo de las paredes, de los horarios rígidos y los espacios claramente delimitados. O sea, aquel mundo disciplinario y de la “ética protestante”, que aunque ya hace tiempo está en crisis, aún funcionaba con bastante eficacia en las últimas décadas del siglo pasado. Lo que sucede ahora es que las tecnologías son muy potentes en la desarticulación de esa dinámica ya anticuada. Atraviesan las paredes de todos nuestros espacios y desafían todos los límites. Además son muy seductoras porque vienen impulsadas por el mercado, la “libre elección” y el deseo del consumidor, en vez de ser obligatorias como una ley impartida por el Estado para todos los ciudadanos. De modo que hay un conjunto de transformaciones, en todos los ámbitos, que nos llevan a pensar que se produjo un cambio importante. Y la juventud actual ya viene más inscripta en este modo de ser, son menos “reacios” que nosotros, los que tuvimos que readaptarnos a las novedades, aunque también ya estemos totalmente embarcados en la nueva dinámica; tanto, que tenemos que esforzarnos para recordar cómo era vivir en aquel otro universo ya lejano.

- Ahora, estos jóvenes están teniendo como “problema” tener que estar en estas instituciones de las paredes. Nosotros vemos, por ejemplo, en el espacio universitario una situación -que puede ser síntoma de estas cuestiones- que es la dificultad enorme de estos jóvenes de poder sostener su lugar en instituciones de estas características. Digamos que les demandan por ejemplo 5 horas en una silla leyendo un libro de anatomía, fisiología, historia. Entonces vemos abandonos o cambio de carreras continuos después del primer año. Como que los dispositivos curriculares de la Universidad estarían desanclados de estas subjetividades y viceversa.

Es cierto, pareciera que ya no estamos más capacitados para eso, algo que era considerado “normal” hace algunos años. Esas dificultades se perciben en todos los campos, no sólo en el

ambiente educativo. Pasa también en las relaciones afectivas, en el campo laboral, etcétera. Si aprendimos a vivir de modo visible, conectado y disperso (o con una atención “multitarea”), entonces no sorprende que ahora nos cueste adaptarnos a las propuestas institucionales de la sociedad industrial. Si las redes nos prometen posibilidades ilimitadas, ¿cómo soportar las limitaciones que implica concentrarse en una sola tarea durante algunas horas? No basta forzarse a desconectar el celular, por ejemplo, porque nuestra subjetividad ya se compatibilizó con la lógica de las redes y, por tanto, es sensible a ese estímulo que nos lleva a sospechar que al hacer algo (lo que sea) te estás perdiendo otra cosa, y enseguida aparece la pregunta de si será que realmente eso lo que quiero, si no habrá algo más interesante o divertido. No funciona la estabilidad, no es tentador el anclaje, aunque esa falta de un piso sólido también produce sufrimiento. Sin embargo, los cambios ya están tan avanzados que yo me atrevería a afirmar que si quienes nacimos a mediados del siglo XX (y, además, somos frutos relativamente exitosos del sistema educativo tradicional, analógico y disciplinario, porque insistimos en escribir y leer libros impresos, por ejemplo), si tuviéramos que repetir esa experiencia educativa como alumnos de la escuela primaria, por ejemplo, probablemente no lo soportaríamos. Porque los adultos también ya estamos *compatibilizados* con estos otros modos de vivir, y no me refiero tan sólo a esa necesidad o compulsión de estar todo el tiempo conectados al celular, que también es un problema real. ¿Hace cuánto que nosotras tres no consultamos las redes por estar concentradas en esta entrevista? Muy pronto ya vamos a sentir esa necesidad de ver que pasó en nuestras pantallas, manifestarnos y reportarnos ante los demás. Porque también está la demanda del otro, no sólo el impulso propio: “¿dónde estás, por qué no contestas?”. Pero aún si en determinada ocasión no estamos conectados o si no intervienen directamente las tecnologías, de todos modos, nuestro uso del tiempo y del espacio ya está sintonizado de esta nueva forma, ya funcionamos así. Nos cuesta también quedarnos quietos, incluso a nosotros que somos fruto de una cultura que todavía apreciaba esa actitud y que ha hecho un trabajo enorme sobre nuestra subjetividad durante años en

esa dirección, porque se consideraba que eso era deseable. Los más jóvenes no pasaron por eso, que en nosotros opera cada vez con menos fuerza pero fue central durante buena parte de nuestras vidas; y, de diversas maneras, se ha plasmado en nuestra experiencia. Esos modos de vivir estaban apoyados en un conjunto de valores y creencias que ahora están en crisis, si bien aún se sostiene en algunos ámbitos, pero ya es otra nuestra manera de vivir la temporalidad y la espacialidad. Aún cuando tratamos de concentrarnos en una clase o una conferencia, por ejemplo, sabemos que tenemos otras mil cosas por hacer, que deberíamos o que nos gustaría hacer, y sin embargo estamos haciendo esto pero casi nunca estamos seguros de que sea exactamente la mejor opción. Entonces solemos hacerlo a medias, más o menos. ¿Cuánto tiempo se sostiene nuestra capacidad de prestar atención a lo que sea? A no ser que se trate de algo que realmente queremos mucho, pero en general es difícil, siempre hay una infinidad de otros deberes y deseos que conspiran contra los estrechos límites del aquí y ahora. Porque no es sólo el tiempo que se ha vuelto más “tirano” que nunca, lo mismo ocurre con el espacio: si estoy acá, no puedo estar en otro lado, y eso es un drama que los dispositivos de comunicación prometen resolver pero no cesan de multiplicarlo. Nuestro uso del tiempo y el espacio ya está adherido a esta lógica del mercado y de las redes. Nosotros tenemos la experiencia de ya haberlo hecho en el pasado, pero si tuviéramos que volver incluso a la universidad y tener que cursar las distintas materias y estudiar para rendir exámenes, quizás ya no estemos tan capacitados para esa misión como lo estábamos antes. Ese uso del tiempo y del espacio no solo condiciona la forma de relacionarse con uno mismo sino también con los demás y con el mundo. Ahora todo se ha vuelto más veloz,

Porque no es sólo el tiempo que se ha vuelto más “tirano” que nunca, lo mismo ocurre con el espacio: si estoy acá, no puedo estar en otro lado, y eso es un drama que los dispositivos de comunicación prometen resolver pero no cesan de multiplicarlo. Nuestro uso del tiempo y el espacio ya está adherido a esta lógica del mercado y de las redes.

más agitado e instantáneo, nos hemos vuelto mucho menos tolerantes con la espera y el largo plazo. Además hay todo un espectro de justificativas que tenían que ver con la ley y el deber, que han perdido eficacia en este reino del deseo y la autorrealización, como por ejemplo el argumento que servía para justificar una tarea que demandaba esfuerzos o algún tipo de sacrificio: “lo hago porque está bien, porque es lo que hay que hacer, es lo que se debe, lo correcto”. Eso ya no funciona más: si es aburrido o no tengo ganas, si no quiero, ¿por qué debería hacerlo?

- ¿Es difícil imaginar una identidad estable? Como la del ingeniero o el abogado...

No sólo es difícil imaginar esa identidad estable, sino que tampoco parecería adecuada en un mundo de posibilidades infinitas que deberíamos tener condiciones de realizar, cambiando y reinventándonos siempre que lo deseemos y en función de nuestras elecciones individuales rumbo a la autorrealización. La estabilidad, por más necesaria que sea para construir cualquier cosa, se ha vuelto problemática. Y no se trata de una imposición del mercado como una entidad maligna y exterior a nosotros que nos obliga a ir por ese camino perverso. Son nuestros valores, de los cuales el mercado lógicamente se aprovecha: si yo no estoy satisfecha con lo que sea, se supone que debería cambiar y hacer lo que quiero, en todos los ámbitos y todo el tiempo. Lo cual, sin duda, es un problema, porque la insatisfacción está garantizada. Eso no significa que la vieja estabilidad moderna fuera una maravilla, sin duda también tenía sus problemas y, por eso, no es casual que la hayamos abandonado.

- Has pensado cuánto hay –diría Jorge Alemán- de subjetividad neoliberal en esta cuestión, o si uno pudiera pensar en que aún atravesado por las mismas nuevas condiciones de tiempo y espacio habría subjetividades resistentes a esa dispersión, también neoliberal en algún sentido, que quizá articulen o no con los dispositivos anteriores, o logren recrear formas de superar esa dispersión, en un sentido de resistir el agotamiento de lo colectivo o de lo público. Por ejemplo las Universidades Públicas en Argentina representan mucho de eso, como sitio en el que estar.

Para responder esa pregunta voy a tener que hacer un rodeo, porque me parece importante entender mejor en qué consiste tanto la subjetividad neoliberal como las eventuales resistencias que podríamos imaginar o implementar. Yo creo que esta subjetividad que responde a la dinámica del mercado, con una postura consumidora con respecto a la vida, que no se queda quieta, que está siempre insatisfecha porque quiere más, con ese impulso a “optimizarse” en todos los aspectos, tiene un problema básico y es que nunca va a lograrlo porque la optimización es un proceso infinito. No quiere (o piensa que debería) ser normal, como ocurría en el horizonte mayoritario de la ciudadanía moderna, lo que desea es perfeccionarse ilimitadamente, buscando realizar su singularidad exclusiva en competencia con todos los demás. Por ejemplo, envejecer es algo normal; sin embargo, lo que se busca al “optimizarse” es evitar la aparición de signos visibles de ese proceso biológico. Entonces podés ir al gimnasio y teñirte el pelo y adoptar otras estrategias disponibles en el mercado, pero nunca lo vas a lograr; por más que lo logres un poco, siempre va a ser posible hacer más y más y más, y jamás será suficiente. Por eso, la frustración está garantizada. Y eso en todos los aspectos; recién me refería a la apariencia personal, pero podríamos pensar en otros territorios en los cuales también se recurre a esa misma lógica de la optimización. El ámbito laboral, por ejemplo: capacitarse, aprender idiomas, hacer contactos. En suma, esa “subjetividad neoliberal” que está sintonizada con lo que el mundo contemporáneo demanda y con las cualidades que hoy se consideran deseables, pero cabe destacar también que este tipo de subjetividad es fruto de conquistas libertarias con respecto a la subjetividad moderna. Todo esto que estoy describiendo de un modo bastante crítico no deja de ser el resultado de romper barreras que oprimían a nuestras abuelas, por ejemplo. Nosotras ahora tenemos la posibilidad de no envejecer como ocurría hace unas décadas, de no ser decretadas “viejas” a los 35 años o después de haber parido. Tenemos la posibilidad de seguir viviendo de acuerdo a nuestros valores que incluyen la sexualidad, el placer, etc., después de una fecha que antes se consideraba un límite infranqueable. Me parece innegable que se ha avanzado enormemente en ese sentido de una amplia-

ción de las libertades individuales, pero todo eso se ha desarrollado bajo la órbita del mercado y según la lógica del consumidor. Aunque muchas luchas han sido victoriosas, el capitalismo se ha reforzado en vez de claudicar. La dinámica del mercado se intensificó y se generalizó, al mismo tiempo en que triunfó ese impulso de quebrar las paredes y salir de las jaulas que hoy representan muchas instituciones modernas como el matrimonio y la escuela tradicionales. De modo que es muy complejo, porque esta subjetividad que está tan alineada con la propuesta del neoliberalismo tiene también en su seno esos ingredientes libertarios; creo que ése es uno de los motivos por los cuales nos resulta tan difícil imaginar e implementar “resistencias”.

De modo que es muy complejo, porque esta subjetividad que está tan alineada con la propuesta del neoliberalismo tiene también en su seno esos ingredientes libertarios; creo que ése es uno de los motivos por los cuales nos resulta tan difícil imaginar e implementar “resistencias”.

Digamos que el gran triunfo de aquellas rebeliones de los años 1960-70 fue la conquista de esas libertades individuales, al menos para aquellos que tienen acceso a un determinado nivel socioeconómico, en un cuadro en el cual el Estado se ha ido desvinculando de las responsabilidades

asociadas a aquella promesa “normalizada” que garantizaba las mismas condiciones para todos los ciudadanos. Ha triunfado esa propuesta más individualista y autocentrada, de la autorrealización como prioritaria a cualquier proyecto colectivo: “yo voy a hacer lo que realmente quiero, más allá de lo que diga la ley o de lo que se considere moralmente correcto”. Triunfó, entonces, esa demanda libertaria individualista, pero al mismo tiempo la dinámica capitalista se ha universalizado, ofreciendo “soluciones” que la lógica del mercado articula a los deseos del consumidor. Por eso, aquí el problema es la cuestión pública, lo colectivo, que quedó evidentemente relegado. “Si yo quiero, pues entonces lo haré y tengo derecho a hacerlo”. Como máximo, lo siento por los demás. Esto no era así cuando estaba vigente la “ética protestante” o la “moral burguesa”. Los deseos individuales eran importantes en la cultura moderna, eviden-

temente, pero había un límite que era el “bien común”, tenían bastante vigor ciertos valores trascendentes aunque laicos o seculares como la familia, la patria, el trabajo. En suma, el deber y la ley, que eran superiores a los derechos y los deseos de cada uno. Ahora tenemos otros valores y creencias, hubo cambios radicales en ese plano de la moralidad, que pueden sintetizarse como un desplazamiento del deber hacia el deseo. “Que me importa que la ley o la moral me diga que yo tengo que estar casada (o casado), si no quiero estarlo; o que tengo que ser mujer (o varón), si no quiero serlo”. Pero si el deber y la ley eran obviamente problemáticos, no sabíamos hasta qué punto el deseo también podría serlo. Lo que yo quiero es un problema porque no hay códigos ni manuales para definirlo, se trata de algo mucho más caprichoso y volátil, que además está estimulado por la lógica del mercado y no coincide con ningún consenso moral. ¿Qué es lo que yo quiero? Quiero tantas cosas, y muchas de ellas son contradictorias entre sí, aunque más no sea porque no se pueden realizar simultáneamente, y además porque varían, no son estables. Ese yo hiperpotencializado que antes podría haber sido acusado de egoísta, ahora reivindica su derecho a la autoestima y obtiene una legitimidad antes impensable. La diferencia entre egoísmo y autoestima es equivalente a la diferencia entre ser disperso o ser multitarea, esos términos que mencioné antes. El primer elemento de cada par (egoísmo-dispersión) es moderno y peyorativo, mientras que el segundo (autoestima-multitarea) es su versión contemporánea, positivada y “neoliberal”. Antes se era egoísta cuando se optaba por lo que uno quería sin tener en cuenta a los demás y al “bien común”. Por ejemplo: “no quiero ir al colegio”; “bueno, pero tenés que ir”, y listo. El argumento del deber, funcionaba. Pero esa respuesta no resulta más eficaz para los niños y los jóvenes del siglo XXI, que ya nacieron sintonizados con esta nueva moralidad. Por eso también la dificultad de los padres y los profesores cuando intentan ese tipo de argumentos, porque tampoco los adultos nos lo creemos mucho. Sin embargo, tanto ellos como nosotros solemos notar que si embarcamos solamente en la lógica del “yo quiero”, la felicidad no está garantizada. Como ese mecanismo está tan amalgamado con la propuesta del mercado, aunque no se trate de comprar ni vender nada, hay un sufrimien-

to que tiene que ver con el límite. No se trata exactamente del viejo límite del deber, sino el límite de la frustración, del no poder cuando se nos promete un horizonte ilimitado.

(...) si embarcamos solamente en la lógica del “yo quiero”, la felicidad no está garantizada. Como ese mecanismo está tan amalgamado con la propuesta del mercado, aunque no se trate de comprar ni vender nada, hay un sufrimiento que tiene que ver con el límite. No se trata exactamente del viejo límite del deber, sino el límite de la frustración, del no poder cuando se nos promete un horizonte ilimitado.

Es otro tipo de problema, pero es un problema igual. Lo público quedó desplazado porque hay una moralidad que dice que lo más importante es autorrealizarnos y que yo pueda hacer lo que yo quiero. Sin duda, se trata de algo muy poco empático. La autoestima, de hecho, es problemática. ¿Por qué la autoestima está tan cotizada actualmente? “Lo hago por mí”, “por-

que yo lo merezco”. ¿Es mejor que hacerlo por los otros, ellos no lo merecen? La solidaridad parece un valor bastante alejado de este tipo de subjetividad. Hacer algo por otro (o por los demás) implica sacrificar en alguna medida mi libertad y ese horizonte ilimitado que se me abre como promesa siempre insatisfecha, ¿en nombre de qué? Es difícil encontrar un valor con semejante capacidad. Defender lo público, encontrar sentido en lo colectivo, por tanto, es otro problema que tenemos.

- Y entre este “yo quiero” y la actualización constante, ¿Cómo ves en los espacios educativos que se juega lo intergeneracional y cuáles serían los desafíos que se presentan, en relación a estos problemas reales que enunciás?

En ese enfrentamiento generacional parece haber dos bandos. Por un lado estamos los que nos educamos en el siglo XX sin las tecnologías digitales, con un tipo de subjetividad moderna ya en crisis (porque otros valores también fueron ganando peso) pero todavía funcionando aquella lógica de “tengo que hacerlo porque es lo que se debe”. Había en ese horizonte normativo algo superior que, de alguna manera, nos llevaba a

sacrificar deseos inmediatos, tanto grandes como pequeños, desde defender a la patria o mantener un matrimonio hasta hacer la tarea del colegio. Eso se dismanteló. Pero todavía están vivas las últimas generaciones para las cuales eso funcionaba de modo bastante eficaz, en crisis y en tensión con las nuevas fuerzas, pero funcionaba.

Los que nacimos en las décadas de 1960 y 70 teníamos a nuestros padres y docentes, que estaban mucho más articulados con esa jerarquía de la ley en coincidencia con la moral; y aún con todos los conflictos y roces que vivimos, solíamos respetar los límites que nos imponían desde ese lugar. Pero en la relación que nosotros tenemos con las generaciones más jóvenes (nuestros hijos o alumnos, por ejemplo) el conflicto se hace más complicado, porque nosotros mismos ya dudábamos de esa solidez. Nosotros la cuestionamos y la vivimos en tensión, pero los chicos de ahora vienen mucho más embarcados en la nueva lógica, con otras subjetividades para las cuales esa cuestión de la ley y el deber se ha desplazado completamente, de modo que nos desafían con sus propias certezas. Pero ahora ya no hay manuales infalibles ni reglamentos sagrados, herramientas que nuestros padres y profesores sí tenían a su disposición. De alguna manera, eso nos salvaba del abismo, tanto a ellos como a nosotros; ahora tenemos que confrontarlo. Más allá de esa saludable ineficacia de los viejos manuales, que puede ser muy enriquecedora pero también produce conflictos y sufrimientos, la rigidez del mundo analógico nos oprimió en muchos sentidos que hoy quedaron obsoletos, pero también nos protegió de algunos riesgos a los que los chicos de hoy están mucho más expuestos. Había algo ahí que tiene que ver con la solidez de las paredes y de la ley, que al mismo tiempo en que oprimía, sostenía y amparaba. Creo que ahora hay una vulnerabilidad mucho mayor, con más libertades individuales pero también demasiada fluidez, a veces no hay de qué agarrarse y pueden proliferar sensaciones de “nada”, de vacío. En la era de la intimidad y la interioridad, con todos los dramas que eso implicaba, uno sufría y se podía agarrar de la propia angustia para hacer de eso un mundo, pero ahora ni siquiera sé si la palabra “angustia” es adecuada, creo que se trata de nuevos tipos de sufrimiento, no es casual que se hable tanto de depresión, pánico, tedio, aburrimiento, soledad.

En las relaciones afectivas también parece darse esa ambivalencia: se avanzó muchísimo en las posibilidades de vincularse con los demás, pero también han surgido nuevos desafíos y malestares directamente relacionados con esas novedades. Nunca ha sido tan fácil ni tan estimulado el contacto con el otro, inclusive a nivel afectivo y sexual; sin embargo, es difícil llegar a cohesionar, hay el temor a apegarse o comprometerse demasiado y perderse todo lo demás, por ejemplo. Estos dramas nos salvan de problemas que tuvieron las generaciones de nuestros padres, por ejemplo, que quizás sufrieron por excesiva solidez en sus vínculos, pero ahora surgen otros desafíos y nuevos modos de sufrir.

Otro aspecto preocupante de la sociabilidad actual es cierta agresividad que se ha ido instalando en los últimos años y que tiene que ver con una postura muy sintonizada con los valores contemporáneos, que dice algo así como: "yo quiero y podría (lo que sea) pero el otro no me deja". El problema no es interno, no se vive como una incapacidad propia, sino como un obstáculo exterior encarnado en algún otro. No es que yo no pueda hacer algo porque la ley o la moral me lo niegan. Como yo quiero todo y el mundo me dice que debería poder, si no lo logro, alguien debe tener la culpa. Creo que esa explicación se ha generalizado en varios ámbitos y sentidos: yo tengo derecho a ser feliz, pero no lo soy porque alguien me lo impide. Entonces, toda aquella agresividad que solía estar "reprimida" en nombre de la ley, o bien revertida hacia uno mismo en forma de una autoridad moral internalizada, ahora se vuelca hacia ese otro. De allí el griterío que suele imperar en los debates furiosos que brotan por todas partes, dando lugar a diversas formas de aniquilación del otro como el bullying y los linchamientos virtuales, por ejemplo, pero también otras formas más sutiles como el ghosting y el orbiting.

- En esto que vos decís, también hay un problema que tiene la educación, que tiene que ver con lo que algunos pedagogos han venido retomando acerca de la revisión de la idea de la transmisión cultural, en términos de esta posibilidad de dejar un legado, tomando también a Hannah Arendt, de recibir a los nuevos y dejar una herencia que sea reescrita o resignificada y sirva para tener algo nuevo...porque aparece también

un vacío en esa dificultad de la transmisión.

Sí, hay un problema con eso también. Se ha vuelto difícil, entre las paredes del aula tradicional, generar situaciones de aprendizaje que tengan sentido tanto para los estudiantes como para los docentes. Ese encuadre ya no garantiza nada; y, además, toda su legitimidad está en cuestión. Por eso, el esfuerzo suele ser inmenso y muchas veces infructuoso; sin embargo, cuando se logra dar sentido a las paredes y se producen encuentros significativos, la experiencia de aprendizaje puede ser sumamente valiosa para todos los involucrados. No sé si "transmitir un legado" sea la expresión más adecuada en estas nuevas condiciones, pero yo creo que aprender algo sigue siendo una de las experiencias más valiosas que se pueden tener.

- Ahí se desdibujan esos dispositivos que se tenían de transmisión, la garantía de que el otro lo aprendía porque sabías que lo había leído, lo había estudiado...

Claro, ahora está todo en internet y se desconfía del valor que pueda tener una clase frente a semejante universo a nuestra disposición. Sin embargo, para mí es evidente que el encuentro con alguien que te puede enseñar algo sigue siendo potencialmente valiosísimo. Por eso, yo creo que se desarmó el modelo de la educación escolar tradicional que "garantizaba" que funcionaría esa "transmisión de saber", lo cual no significa que se hayan demolido todas las posibilidades de aprender con alguien. Había una especie de confianza en el funcionamiento de esa máquina y eso se desmoronó, pero la escuela sigue funcionando aunque esté en crisis, la universidad también, de modo que ahora cabe a nosotros intentar que algo suceda en esos ámbitos o que no pase nada.

- ¿Y qué pensás que habría que intentar que suceda entre esas paredes?

Primero, destacaría un aspecto positivo: lo que se desmoronó es esa solidez que tenía muchos problemas, y no es casual que eso haya sucedido. Esa escuela jerárquica y autoritaria que es la que nosotros vivimos, en crisis, ya ni siquiera existe más. Tanto los profesores como los estudiantes estamos sin-

tonizados con las nuevas modulaciones de la subjetividad que antes mencioné. Ahora, como existen todos estos atravesamientos de la conexión, la visibilidad, la dispersión, el descrédito de la educación, la pérdida de su legitimidad como institución, es muy difícil generar un encuentro significativo entre las paredes del aula. Hay condiciones, por un lado, de lograr encuentros que antes habrían sido inimaginables, ya que las relaciones se han vuelto menos jerárquicas y el ambiente mucho menos acartonado; por otro lado, hay que hacer un esfuerzo enorme para darle sentido a la situación, y aún así, puede no funcionar. Por eso hay mucho desgano, falta de entusiasmo, descrédito, aburrimiento, y eso tanto entre los estudiantes como entre los docentes. ¿Qué hacer, antes este panorama? Yo creo que las cosas “funcionan” cuando se genera una confianza suficientemente sólida entre los participantes del encuentro. Es algo muy precario, ocurre en ese momento y en ese lugar, no está garantizada su duración ni que pueda replicarse, pero sucede cuando se produce una interlocución en la cual se aprende algo. En mi caso, yo trato de proponerme que si estoy en ese lugar y los estudiantes también están, entonces tenemos que darle sentido a ese momento que pasaremos juntos. Con esa energía me dispongo a compartir lo que tengo para contar, además de tratar de escuchar también, que es algo muy difícil en el cuadro actual. Pero si esa confianza se logra y se mantiene, si se consigue concentrar la atención y se produce un diálogo con aprendizajes, la experiencia es sumamente enriquecedora. Es maravilloso: uno se queda con la impresión de que la cosa funcionó.

A veces sucede, pero eso no garantiza que en la clase siguiente vuelva a suceder. De hecho, muchos de los que fueron a esa clase, no van a la siguiente, a la cual pueden ir otros que a su vez no suelen quedarse de principio a fin, puesto que la capacidad de las paredes para recortar rígidamente el tiempo y el espacio ya no es lo que era, y no sólo porque los dispositivos de comunicación en red las atraviesan constantemente. En suma: es difícil y no hay nada garantizado. Todas las veces, en cada encuentro, hay que renovar las reglas y generar la confianza capaz de sostener la atención y el encuentro. Todo eso antes venía dado por la

misma estructura escolar, aunque lo que sucedía en concreto tal vez fuera menos interesante de lo que sucede ahora, cuando sucede.

- En torno de la transmisión, hay algo que pasa en la universidad, en relación con la producción del conocimiento. Porque el dispositivo que aparentemente teníamos para esa producción y generación de lo nuevo, era esto de la disciplina, de la constancia.

Hay que considerar que el “saber letrado” era visto como algo valioso por la sociedad en su conjunto, de modo bastante consensual, lo cual no es obvio actualmente, cuando amplios sectores desprecian a la universidad como algo anticuado y poco sintonizado con las maravillas del mundo contemporáneo.

- Sin embargo, cuando hablamos de la defensa de la Educación Pública en el escenario actual, se presentan algunas cuestiones referidas a dos cosas: primeras generaciones de estudiantes universitarios, es decir que no habían participado de aquel dispositivo, que no habían tenido acceso, y que inclusive, el asumir esa identidad de estudiante universitario, a la vieja usanza, es como una conquista de alguna manera. Pensar que vengo del barrio y tengo acceso a esa institución a la que nunca tuve acceso y puedo sentarme y tomar apuntes, escuchar al profesor que tiene para contarme las teorías sociológicas, por ejemplo, y aprenderlas. Paradójicamente –pareciera contradecir- a todo esto que conversamos. Y por el otro, la defensa de lo público, de la Universidad como el espacio de este encuentro.

Creo que en las últimas décadas se desencadenó, tanto en Argentina como en Brasil y en otros lugares, una reacción al neoliberalismo feroz que sufrimos en los años 1990. En ciertos campos, como por ejemplo en la universidad, hubo un refuerzo de la lógica estatal tratando de interceptar y desactivar la hegemonía de lo mercadológico. Yo no diría que fue un “retorno” porque no se trató de una tentativa de resucitar el modelo disciplinario tradicional, sino que vino con una fuerza juvenil, renovada, inclusive de cuestionamiento con respecto al conocimiento, una crítica a esa idea de “transmisión” que antes mencionábamos, con la cual los mismos estudiantes

nos llevaron a desafiarlos como profesores. Lo veo como un impulso latinoamericano, de resistir a la lógica neoliberal, que fue bastante fuerte en la primera década del siglo XXI. Lo que pasó acá en el 2001; fue muy claro lo que Argentina había perdido. Y en Brasil también, de otra manera, se llegó en la misma época y no por casualidad a ese camino, con un gran entusiasmo por probar algo nuevo. Los gobiernos formaron parte importante pero fue también un movimiento de la sociedad civil, con cierta rebeldía contra algo tan voraz como fue la lógica del mercado que terminó siendo tan cruel para buena parte de la población. Podríamos hablar de un impulso de resistencia al modelo neoliberal, que en América Latina fue especialmente hostil hacia los valores de lo público. Ese impulso fue acom-

pañado por proyectos políticos con mayor sensibilidad hacia esos asuntos, y tuvo una vitalidad que se refleja en esa renovación de las universidades en ambos países. Creo que algunas consecuencias de ese movimiento ya están a la vista y otras se irán desarrollando aún, ahora en choque con este brote reaccionario que se propone hacer todo lo contrario, con valores anticuados envueltos en nuevos discursos y sumamente reactivos con respecto a las universidades públicas. Habrá que ver cómo se desdobra el futuro, pero en todo caso yo creo que el suelo ya se movió en varios sentidos, hay lugares que se han conquistado, se abrieron espacios, quizá pocos, pero algunos de ellos resultaron muy molestos para estos valores, de allí la reacción, que seguramente no quedará sin respuesta.

CV's

** Profesora en Ciencias de la Educación, UNLP y Magister en Didáctica, UBA. Directora de Capacitación y Docencia y Secretaría Académica de la Especialización en Docencia Universitaria, SAA, UNLP.*

Contacto: glenda.morandi@presi.unlp.edu.ar

*** Licenciada en Comunicación Social, UNLP. Especializando en Prácticas, Medios y Ámbitos Educativo-Comunicacionales, FPyCS-UNLP. Secretaria técnica de la Especialización en Docencia Universitaria, SAA-UNLP.*

Contacto: lucrecia.gallo@presi.unlp.edu.ar